

ro de los 500 y que no será bastante capaz el edificio, á pesar de ser tan grande, para todos los que soliciten admisión en aquel Hospicio.

Para dar á nuestros lectores una idea de la fé viva que inspira á los fundadores de la obra, y de la asistencia especialísima con que la Divina Providencia los ha favorecido, vamos á reproducir las siguientes líneas tomadas del *Boletín de las Obras Salesianas*.

"Esta Iglesia del Sagrado Corazón y el Hospicio, han costado cinco millones, que ya están pagados. Cuando D. Bosco concibió la idea de esta obra, convocó al Capítulo de la Congregación y se puso á votación el proyecto. Como en aquella ocasión la Sociedad Salesiana tenía deudas que ascendían á medio millón, los votos de los seis capitulares fueron contrarios y solo el de D. Bosco era favorable. Entonces este santo varón dijo á los asistentes que debían tener más confianza en el Sagrado Corazón de Jesús para encontrar no los cinco millones sino todo lo que hiciera falta."

Sus esperanzas, como se ve, no quedaron frustradas.

### LA MASONERIA

### JUZGADA POR UN MASON.

Hay en Roma un periódico anticlerical llamado *LE GEMONIE*. Su redactor es un tal Cavagnari, hombre tan asquerosamente impío, que ha bautizado á sus tres hijos con los nombres de Satanás, Lucifer y Beelzebúb.

Este periodista se ha disgustado con la Masonería, y al dejarla, le hecha entre otros los siguientes cariñosísimos piropos:

El gobierno italiano debe su infame despotismo á la tenebrosa secta, pues masones son todos los Ministros, menos dos; masones son todos los secretarios y subsecretarios, con excepción de Rossano y

Faginoli; masón es asimismo el Rey Humberto desde el año de 1867. Asegura— y lo prueba con argumentos irrefragables— que la corrupción pública y la ruina material de Italia se han de atribuir exclusivamente á la Masonería, que él llama "una horda de malhechores, opuesta en su carácter, en sus instintos y en sus obras á las leyes morales y sociales que gobiernan el mundo civilizado." Concluye diciendo que, en las Logias italianas, se fulmina la pena de muerte contra cualquiera que no lleve á cabo los decretos de la Masonería.

Muchas otras infamias de la hermandad de la escuadra y del mandil nos manifiesta ese señor Cavagnari. ¿Quién dirá ahora que el Papa calumnia á dicha hermandad, cuando uno de sus mismos adeptos, uno que ha vivido por muchos años en su seno y la conoce á fondo, la pinta con tan negros colores?

### NUEVA PARROQUIA.

Por auto de 8 de Noviembre próximo pasado el Illmo. y Rmo. Sr. Arzobispo Dr. D. Pedro Loza tuvo á bien erigir provisionalmente un nuevo curato en la Iglesia de S. Juan de Dios de esta ciudad, segregándolo de la parroquia de San José de Anasco, de la cual era Auxiliar ó Vicaría. Los límites de esta sexta parroquia coinciden con los de la IX demarcación civil, y son por el sur, la calle de los Gigantes que la divide de la de Anasco de donde fué desmembrada; por el poniente el río llamado de San Juan de Dios, que la separa de los curatos del Sagrario y Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe; y por el norte y oriente comprende los arrabales de la ciudad hasta el campo.

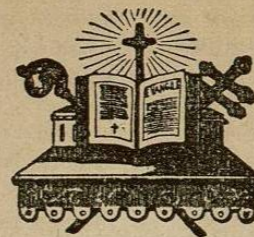
### DEFUNCION.

El día 7 del corriente falleció en esta Ciudad el Sr. Pbro. D. Evaristo Rojas, cura propio de Moyahua.

R. I. P.

# COLECCIÓN

DE DOCUMENTOS



ECLESIASTICOS.

Ant. Imp. de N. Parga.—D. Juan Manuel R.

RESP. JESUS BERRUECO.

TOM. VII.

GUADALAJARA, ENERO 8 DE 1894.

NUM. 49.

### SECCION III.—VARIEDADES.

## LA USURA.

No siempre, por desgracia, el chiste, el epigrama, ni la sátira, esas terribles saetas que llenan la aljaba del ridículo, alcanzan á herir de muerte los vicios que afligen á la sociedad. Sucede á veces, que hay que desgarrar en girones la carne, oír el chirrido del cauterio sobre la llaga endurecida, para extirpar del cuerpo social cánceres que han nacido á favor de la corrupción de nuestras costumbres, y que medran á la sombra de nuestras miserias y desgracias.

La humanidad tiene también sus cuervos que se nutren de cadáveres. Tigres y buitres á la vez, matan y después devoran.

Hay agonías lentas, silenciosas, en que no se oyen gritos sino gemidos. El hambre es una enfermedad terrible que cuenta casi siempre con la impunidad del silencio, como que tiene por cómplices al egoísmo que aísla á la víctima, y á la avaricia que la acecha y trafica con su última esperanza.

Pero el egoísmo, por más que sea parte

muy principal en la condición moral del hombre, está borrado del catálogo de los defectos de que puede hacer alarde la sociedad, porque no se concebiría una asociación de egoístas, como no puede concebirse un pueblo de suicidas; y la avaricia, pasión de la riqueza miserable, busca en la oscuridad de sus escondidas gavetas dónde ocultar la feroz alegría de su tráfico inmoral.

La sociedad que avanza con la civilización, no tolera vicios añejos. Hay que reformarlo todo, que inventarlo todo.

Hé aquí por qué el egoísmo y la avaricia, en desvergonzado maridaje han engendrado una nueva forma; hánla vestido con la blanca toca de la hermana de la caridad, la han apellidado remedio y consuelo de la miseria, han osado llamarla Providencia, pero el hambre y la miseria que la conocen bien, no la invocan sino con el nombre de USURA.

El honrado artesano á quien la enfermedad ó la desgracia cierran las puertas del trabajo, después que han agotado los recursos casi insignificantes de las relaciones de su gremio, antes que deber el pan de sus hijos á la humillación ó al delito, implora los recursos de la usura; la madre infeliz que tras el abandono en que la ha sumido la viudedad inesperada siente tocar á su puerta el tentador halago de una cómoda posición, á trueque de ver deshojarse la tierna flor que ha nacido de su seno y que crece con el riego de



nuevos ropajes, tomados de un sistema crítico que tampoco es cosa nueva, si no la aplicación de antiguas *filosofías* negadoras de los humanos criterios, á la historia y su crítica, á la ciencia y sus investigaciones; la incredulidad de nuestro siglo ha repetido, sin avergonzarse, las viejas herejías que, apenas surjido el cristianismo, aparecieron, como heraldos del mal, para arrancar á Cristo, como diría Mateos, la aureola de la divinidad.

Por supuesto que el nuevo criticismo anticristiano, cuya conducta ha comparado un gran apologista á la de los judíos que, después de haber vendado los ojos de la Víctima Divina, le abofeteaban y le pedían que adivinara quién le había dado y le saludaban irrisoriamente, diciéndole: *Ave Rex Judearum*, comienza, al tratar del cristianismo, por negar la divinidad de Cristo, pues tiene sentado como precedente lógico de toda su doctrina y base fundamental de su criterio, la exclusión de todo elemento, de todo agente sobrenatural en la historia, y prefiere dejar sin explicación sucesos y sucesos los más graves y culminantes en los anales del mundo, á reconocer una intervención sobrenatural y una acción divina en el tejido de los hechos y un Dios hecho hombre en la persona de Jesusucristo. Manual de historia hay en que la preocupación positivista ha preterido á Jesusucristo, en que su obra no aparece sino hasta que entró, con las grandezas imperiales, á tener ante los ojos de los hombres la fastuosidad de las grandes instituciones. Preocupación del positivismo es, heredado del racionalismo, su progenitor, la de empequeñecer al Cristo y su obra, reduciéndolos á las proporciones de un filósofo á El y de una propaganda vulgar, á ella; sin comprender que diez y nueve siglos y la más grande de las civilizaciones dan testimonio contra esa pequeñez y en pro de la grandeza, sin modelo ni copia de la obra y de la divinidad de su autor, y que el cristianismo ha penetrado hasta las más grandes profundidades del ser social é individual en

todos los pueblos que viven bajo las gloriosas tiendas de la civilización y llenándolo así todo en el espacio y en el tiempo; y sin reflexionar tampoco que, negada la divinidad del Cristo, se convierten en enigmas indescifrables para la razón muchos hechos de la historia y muchos principios de la ciencia, porque el misterio, con ser sobrenatural, explica muchas veces la naturaleza, como la profecía, sobrenatural también, explica la historia; y todo esto, por manera tal que sin la profecía y el misterio, sin la divinidad del Cristo, explicación suprema del misterio y de la profecía, la historia y la naturaleza se convierten en caos sin luz, en vasto conjunto, cubierto de impenetrables sombras y palpables tinieblas.

En tal caos, en efecto, queda convertida la naturaleza, vista al través del velo que sobre ella tiende el positivismo. En tal conjunto sin concierto y sin luz, queda convertida la historia sin la divinidad del Cristo, negada hipócritamente por el positivismo. Este, al negar á Cristo, afectando que sólo prescinde de él, ignora que esa negación es un esfuerzo para apagar el sol cuyos resplandores alumbran el conjunto todo y todas las reconditeces de los sucesos humanos, al par que de la humana ciencia.

¿Lo ignora? ¡Ah! no: hemos dicho mal; no lo ignora. Filosofía esencialmente demoleadora y sectaria, encargándose ha de hacer en el mundo de los entendimientos y la ciencia lo que en el de la política ha hecho el liberalismo: suprimir á Dios, sol de las almas; suprimir á su Verbo, á Cristo, que es la luz que ilumina á todo hombre que viene á este mundo; apagar la luz para que el mundo quede envuelto en intelectuales tinieblas y en medio de tan densa oscuridad puedan brillar los fuegos fátuos de la razón ensoberbecida y las ténues lucecillas de la razón enferma y debilitada, que sin alas para volar más allá de la materia y manca para alzar el velo de las causas y una punta al menos del que encubre á nuestros ojos el mundo de lo sobrenatural y

la razón de ser del Universo y de todo lo que hay en él, se arrastrará así y vivirá en el polvo y el fango de este bajo mundo, sin moverse hácia allá, hácia el fin de la gloria de Dios, para lo cual fueron hechas todas las cosas por medio del Verbo, sin el cual nada se hizo de cuanto hecho fué.

Encerrar al hombre dentro del círculo de la materia y del tiempo, arrancar de su espíritu la fé de una eternidad, á pretexto de que no hay modo de *experimentación* sobre ella, quitarle toda aspiración á la inmortalidad de otra vida y querer que mida lo futuro con el estrecho compás con que se suele medir lo presente, muchas de cuyas causas y condiciones escapan á sus miradas; y para lograr esto, envolver todas las religiones positivas en un solo *desdén trascendental* y principalmente, la gran religión, nacida en un patíbulo y sellada con la sangre de un Mártir Divino; tal es el fin y el medio capital que para conseguirlo, ha adoptado la incredulidad; y á ese plan satánico, responde el positivismo; falsa y miserable filosofía, que ciñéndose ínfulas y calzándose el coturno desempeña el papel de un cómico semi-trágico; sistema híbrido y rastrero, propio sólo de almas que sin tener conciencia de su fuerza tienen sin embargo la ciega y necia soberbia de negar lo mismo que dicen no alcanzar.

El positivismo, aplicado á la religión, es una herejía cualquiera de tantas como los gnósticos profesan; es un arrianismo disfrazado de crítico, y hablando hipócritamente el lenguaje de la imparcialidad y de la investigación, no sin algunos tonos dulzones y algunas lamentaciones artificiosas, tras las que se encubre el espíritu de secta, que minar quiere en nombre de la ciencia y de la debilidad de la razón, las bases sobre que reposa el catolicismo.

La divinidad de Cristo, que es una de esas bases, sufre los ataques más hipócritas y más rudos: no son nuevos por cierto, si no en el ropaje, en el nombre en que se dirigen. En vez de las palabras tan pú-

dicas, de *criticismo* y *positivismo*, poned *arrianismo*, *gnosticismo*, etc., y en vez de los honrosos dictados de *críticos* y *filósofos*, poned sencillamente *herejes*, y tendreis la misma cosa: los hijos de las tinieblas, los secretarios, los apóstatas, esforzándose por apagar en las almas la fé en el Dios de la luz, en el Dios de las ciencias, en el Dios que es caridad: Bien Sumo, á quien so pretesto de no conocerlo, rehusa sus homenajes ese ateísmo, ó más bien ese antiteísmo loco y degenerado que se aparta de todo bien y sólo sabe celebrar alianzas con los despotismos desenfundados y las teorías corruptoras ó con los pensamientos anárquicos y las tentativas perturbadoras, porque sólo va en pos del mal y sólo tiende á su realización en el mundo.

## FRUTOS DE LA ENSEÑANZA LAICA.

Dice un periódico de París, refiriéndose al aumento de criminalidad en la juventud:

“Será cuestión de derribar la casa correccional de la Roquete, para edificar otra cárcel más vasta. La cifra de las faltas y delitos cometidos por los niños, permite creer que es insuficiente la actual organización para las necesidades de los jóvenes delincuentes.

“Por actos reprobables, fueron detenidos, en 1885, cuatro mil novecientos treinta y cinco chicos y seiscientos cincuenta y nueve muchachas menores de diez y nueve años.

“En 1886 subieron las cifras á seis mil trescientos cuarenta y dos en los niños y á mil nueve en las niñas. Y lo más deplorable es que el encarcelamiento, en vez de reformar las tendencias criminales de la juventud, las agrava más. . . .

“Se ha hecho ya notar que este pro-



sus lágrimas, reúne las escasas ropas que dan abrigo á su desnudez y las entrega á la usura en cambio de un pedazo de pan, que avivará su apetito sin satisfacer su hambre; y caen al cabo, padre, hijos, madre y virgen, postrados ante el brillo fascinador del vicio, ó envueltos en la última agonía de la más sublime lucha.

Una familia ha perecido asesinada, pero la justicia no puede instruir el proceso porque no ha habido ni escándalo ni sangre, que son las únicas huellas que sigue la justicia; ni existe cuerpo del delito, ni acusador, ni señales de homicidio: á alguno se le escapa la palabra *hambre*, pero la ciencia que no se equivoca, porque no debe equivocarse, la ciencia que sabe muy bien lo que hace, y mucho mejor lo que dice, examina y encuentra que sólo ha habido mala alimentación.

Y tiene razón: ¿cómo confesar que en pleno siglo XIX haya gentes que se mueran de hambre? Todo el mundo se reiría de semejante necedad; y ¿es cosa tan seria la ciencia!

La usura comienza casi siempre ofreciendo sólo pan, y concluye dando pan é infamia. ¿Por qué dejar á otros las primicias de una inocencia miserable? ¿No es la butaca del usurero el confesonario á donde llegan las primeras confidencias de una virtud que flaquea? Se rebaja un tanto el crecido interés á que se presta y se cobra en vergüenza; tras la última reliquia, tras la última cruz debe irse también el último escrúpulo; y parece natural con quien socorre la indigencia, quien alimenta los huérfanos, quien prolonga la vida unos días, quien hace las veces de la Providencia, se paguen en todo. Cuando la usura protege, señal es de que la virtud sucumbe.

Y sin embargo de estas consideraciones generales que están al alcance de todos, vive entre nosotros y vive respetado un ser que se llama el *usurero*. La sociedad que persigue el crimen para atarlo á la cadena del forzado, que dá caza al ladrón para recluírlo, que marca con hierro de

infamia la prostitución, la sociedad que hace todo eso, deja libre y respeta al usurero; lo ve detrás de un mostrador, que es su pretexto, ó á los piés de un altar que es su hipocresía, y no aplasta al asqueroso gusano que vive de la putrefacción social.

Una vez que se ha caído entre las garras de la usura, cada tentativa para salir de ellas postra nuestro aliento. Como en esos pantanos, estancados, se batalla por la vida y se camina á la muerte, el interés devora á poco andar el capital; hay que hacer nuevo esfuerzo para no perderlo todo y al cabo, de sacrificio en sacrificio, se llega á la impotencia.

¿Qué trabajo por productivo que sea, alcanza á detener en su fatigante carrera la ruinosa acumulación de un interés de 20p<sup>o</sup>? El transcurso de un mes, de quince días, de ocho solamente, basta para dar título de propiedad sobre un valor de ciento á quien ha prestado diez. ¡Maravilloso prodigio de la usura! ¡Pasmosa ciencia de la estafa!

Para el usurero, el brillante regado con lágrimas no tiene sino un tercio de su valor, y sobre ese tercio presta una suma miserable con un interés que lo hará irredimible; el relicario que guarda la imagen de una virgen y ha encomendado tantas veces, entre castísimos besos, la dicha de la familia y la pureza de su virtud, no vale para el usurero sino la mitad del valor del oro que lo guarnece; la sortija que oprimió el dedo de una mano que temblaba con la emoción de un juramento eterno, apenas la tasará el usurero en un pedazo de pan; el mueble venerando donde una madre achacosa daba tregua á sus dolores; el lecho ungido por el sacramento de la muerte tantas veces cuantas se ha desangrado el corazón de los que han sobrevivido, todo un tesoro enriquecido por los recuerdos, no tiene á los ojos del usurero sino el valor que le fija la más insaciable codicia.

Nosotros no podríamos concebir, sin templar primero nuestra alma en el fuego

del infierno, lo que pasa en la conciencia de un hombre cuando oye el llanto de una madre que le pide pan para sus hijos en cambio de alguna preciosa alhaja, y vé en ese llanto una mercancía de que puede sacar tanto más provecho cuanto más acerba es la pena que lo produce. ¡Cómo será de horrible el satánico poder de la codicia cuando convierte el corazón humano, criadero inagotable de las más ricas sensaciones, en áspera é insaciable esponja! ¿Cómo es que el dolor, sentimiento exquisito que contagia con sólo manifestarse, puede medirse con impasibilidad, y tenerse como unidad en el frío cálculo del tanto por ciento?

El arte, que suele ser, como la Historia, el vengador de la sociedad, ha pintado en un lienzo inmortal una de esas escenas en que figura el usurero y la víctima y ante las cuales el corazón se parte en dos, mitad para compadecer y mitad para odiar. El usurero está en su cubil, atisbando presas. A su derredor se ven las paredes tapizadas de despojos de la miseria, que parecen pedazos de humana carne arrancados uno á uno y llevados al osario en que vive el verdugo. Al lado de éste balancea sus brazos, en forma de cruz, de suplicio, el peso de cobre, amarillento, en partes sucio, en partes pulido por las caricias del avariento. En un platillo el mendrugo, en el otro el hambre. Al compás de ese peso se balancea también el corazón del usurero. Allí está su conciencia, allí su vida toda.

Una mujer penetra en el antro. En la cara, mejor que en sus harapos, lleva escrita su miseria. De su regazo pende un niño, que en vano busca en aquel seno exhausto la dulce fuente donde saciar su hambre. A todos va diciendo aquella infeliz madre, en sus ojos hundidos que apenas brillan con la última luz de la abnegación: "si no fuera por este ser de mis entrañas, me dejaría morir, para libraros de la incomodidad de tan larga agonía."

Ya está cerca de la mesa en que el usurero cuenta y recuenta sus monedas. De una mirada comprende la aficción

de aquella nueva víctima, y sus ojos chispean con brillo de condenación. La madre saca de su dedo el último recurso y su última memoria: el anillo nupcial que aquel padre de este niño, que aquel esposo que antes se hubiese creído capaz de levantar el poderoso mundo con sus hombros para dar un solo día de dicha á su familia, no puede ahora levantar los pocos piés de tierra que le separan de ella para siempre, dejándola en las garras de los que explotan el dolor y desamparo.

El usurero mira la prenda, la remira, la mete en el platillo fatal, y luego la suelta con desprecio sobre la mesa, y ofrece por ella un bocado, la ración de un día para aquel niño famélico, casi exánime.

Y ese cuadro no es una ficción; y ese hombre existe, y esas desgracias son de todos los días, y hay riquezas hechas con sus lágrimas, que con los intereses acumulados se convierten en lágrimas de sangre!

Los países civilizados comienzan á popularizar el remedio contra la usura, haciendo extensivo el beneficio de los Montes de Piedad. Pero eso no basta. Es necesario que la sociedad, por su parte, anatematice ese tráfico leonino de la codicia con la miseria, y vea al usurero con el horror con que se mira al verdugo, que come de lo que mata.

## LA DIVINIDAD DE JESUCRISTO

ANTE

### EL POSITIVISMO.

La incredulidad de nuestro siglo que ha pretendido aprovecharse de todos los procedimientos, investigaciones y resultados de las ciencias nuevas, pero que en realidad nada nuevo ofrece, nada nuevo ha traído al mundo, y no ha hecho más contra el cristianismo que presentar las mismas envejecidas objeciones de otros tiempos, aunque revistiéndolas con